

tado algo mas las paredes de los edificios. El carácter del todo parece haber sido mas bien la fuerza y solidez, que un deseo de ostentar elegancia artística.<sup>41</sup>

Mas cualquiera que fuese la falta de elegancia en el exterior de las mansiones reales, quedaba mas que compensada por el lujo del interior, donde los príncipes peruanos ostentaban toda su opulencia. Las paredes de los aposentos estaban casi cubiertas de adornos de oro y plata. De trecho en trecho se veian colocadas en los nichos hechos al intento, varias imitaciones de plantas y de animales, curiosamente trabajadas de los mismos metales, y hasta en la mayor parte del ajuar, incluso los utensilios destinados á los usos mas comunes, desplegaban la misma magnificencia.<sup>42</sup> Mezcladas con estos vistosos adornos, se veian ricas telas de colores de la mas

41 Cieza de Leon, Crónica, cap. 44.—Antig. y Monumentos del Peru, MS.—Veáanse, entre otras, las descripciones de las ruinas que existen de los edificios reales de Callo, diez leguas al Sur de Quito, que han hecho, primero Ulloa (Voyage to S. America, b. 6, ch. 11,) y despues con mas esmero Humboldt. Vues des Cordillères, p. 197.)

42 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 1.

“Tanto que todo el servicio de la casa del Rey así de cantarás para su vino, como de cocina, to-

do era oro y plata, y esto no en un lugar y en una parte lo tenia, sino en muchas.” (Sarmiento, Relacion, MS., cap. 11.) Véanse tambien las brillantes descripciones de los palacios de Vilcas, al O. del Cuzco, que hace Cieza de Leon, segun le contaron los Españoles que los vieron en todo su esplendor. (Crónica, cap. 89.) Los viajeros modernos hacen mencion de los nichos que todavia se ven en las paredes. (Humboldt, Vues des Cordillères, p. 197.)

selecta lana del Perú, y de tan bella apariencia que los soberanos españoles, con todo el lujo de Europa y de Asia á su disposicion, no se desdennaban de usarlas.<sup>43</sup> La servidumbre real se componia de una multitud de criados que enviaban las ciudades y pueblos de las cercanías, las que, como en Méjico, tenian obligacion de proveer al monarca de leña y otros varios artículos para el consumo del palacio.

Pero ningun lugar agradó tanto á los Incas para su habitacion como el valle de Yucay, á cosa de cuatro leguas de su capital. En este delicioso valle, encerrado entre los ramales de la sierra, que le protegian contra las molestas brisas del Este, y refrescados por limpias fuentes y claros arroyuelos, edificaron sus mas hermosos palacios. Cuando se fastidiaban del bullicio y del polvo de la ciudad, gustaban de retirarse allí á disfrutar de la compañía de sus concubinas favoritas, paseando por entre bosques y jardines, y aspirando sus perfumes que embriagaban los sentidos, y convidaban los miembros á un voluptuoso descanso. Allí tambien venian á gozar de sus lujosos baños, surtidos por aguas cristalinas que corrian por canales de plata á recogerse en

43 “La ropa de la cama toda las han traído para la cama del Rey Don Phelipe Segundo” Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 1. “La ropa de la cama toda las han traído para la cama del Rey Don Phelipe Segundo” Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 6, cap. 1. reglada, que entre otras cosas preciadas de aquellas tierras, se

depósitos de oro. Los espaciosos jardines estaban cubiertos de innumerables plantas y flores, que crecen sin trabajo en esta región *templada* de los trópicos, y á su lado se veían cuadros destinados á una vegetación mas estraña, en donde lucian todos los diversos productos del reino vegetal diestramente imitados en plata y oro! Entre ellos se hace mencion particular del maiz, el grano mas hermoso de la América, y se alaba la destreza del artífice, que dejaba entrever en medio de las anchas hojas de plata la mazorea de oro, y la delicada barba de la misma materia que flotaba con gracia en su estremidad.<sup>44</sup>

Si esta deslumbradora pintura parece increíble á alguno de los lectores, tenga presente que las montañas del Perú brotaban oro; que los naturales conocian el arte de trabajar las minas en grande; que ningun metal se convertia en moneda, como despues veremos, y que todo iba á parar á manos del soberano. para que le emplease en provecho suyo, fuese en objetos de utilidad ó de lujo. Lo cierto es que no hay hecho mejor asegurado por el testimonio unánime de los mismos conquistadores, que tenian sobrada ocasion

<sup>44</sup> Garcilaso, Com. Real., parte 1, lib. 5, cap. 26; lib. 6, cap. 2.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 24.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 94.

Este último escritor habla de una mezcla en que entraba una parte de oro líquido, y fué em-

pleada en los edificios reales de Tambo, en un valle no lejos de Yucay. (Ubi supra.) Los Españoles son muy escusables en haber demolido tales edificios, si alguna vez llegaron á dar con ello.

de informarse, y ningun motivo de desfigurar los hechos. Los poetas italianos en sus pomposas pinturas de los jardines de Alcina y Morgana, se acercaron á la verdad mas de lo que se figuraban.

Lo que sí deberá sorprendernos es el saber que esta riqueza que ostentaban los príncipes peruanos era tan solo la que cada uno habia juntado para su uso. Nada recibian por herencia de sus antepasados. A la muerte de un Inca, sus palacios eran abandonados; todos sus tesoros, excepto lo que se gastaba en los funerales, sus muebles y sus vestidos, se quedaban como él los habia dejado, y todas sus habitaciones, menos una, se cerraban para siempre. El nuevo soberano debia procurarse de nuevo todo lo necesario para sostener el brillo de la dignidad real. El motivo de esto era la creencia popular de que el alma del difunto monarca volveria, pasado algun tiempo, á reanimar el cuerpo, y deseaban que á su vuelta encontrase listas para recibirle todas aquellas cosas de que habia usado en vida.<sup>45</sup>

Cuando moria un Inca, ó segun ellos decian, “era llamado á las mansiones de su padre el Sol,”<sup>46</sup> se celebraban sus funerales con la ma-

<sup>45</sup> Acosta, lib. 6, cap. 12.— que moria en la batalla iba á hacer compañía al sol en su luciente carrera por el espacio. (Véase la Conquista de México, lib. 1, cap. 3.)

<sup>46</sup> Los Aztecas creian tambien que el alma del guerrero

yor pompa y solemnidad. Se extraian al cadáver las entrañas, y se depositaban en el templo de Tampu, á cinco leguas de la capital. Con los cuerpos se enterraba una porcion de joyas y vajilla, y muchos de sus domésticos y concubinas favoritas, eran inmolados sobre su sepulcro. A mil llegaba á veces, segun dicen, el número de estas víctimas.<sup>47</sup> Algunas de ellas manifestaban la natural repugnancia á sacrificarse que en ciertas ocasiones se ha visto en la India en las víctimas de una supersticion semejante; pero éstos serian tal vez los criados inferiores, pues se verificó mas de una vez que las mugeres se diesen la muerte á sí mismas, cuando se les impedía atestiguar su fidelidad por este sacrificio conyugal. A esta triste ceremonia seguia un luto general en todo el imperio. Durante un año se reunia el pueblo en dias señalados, para renovar las demostraciones de su dolor; hacíanse procesiones en que se llevaba el estandarte del perdido monarca; nombrábanse poetas y trovadores que conservasen la memoria de sus hazañas, y sus cantos continuaban repitiéndose en las grandes festividades á presencia del monarca reinante, estimulando de este modo á los vivos con el glorioso ejemplo de los muertos.<sup>48</sup>

<sup>47</sup> Conq. i Pob. del Piru, MS.—Acosta, lib. 5, cap. 6.

Segun Sarmiento, cuatro mil de estas víctimas (por fortuna será tal vez una exageracion) aumentaron el brillo de los funera-

les de Huayna Capac, el último de los Incas antes de la llegada de los Españoles. Relacion, MS., cap. 65.

<sup>48</sup> Cieza de Leon, Crónica, cap. 62.—Garcilaso, Com. Real.

El cuerpo del Inca difunto era cuidadosamente embalsamado y conducido al gran templo del Sol en el Cuzco. Allí, al entrar en el venerable santuario, podia ver el monarca peruano las efigies de sus reales progenitores colocadas en dos hileras unas enfrente de otras; los hombres á la derecha, y sus consortes á la izquierda del grande astro de oro que brillaba en el fondo del templo. Los cuerpos, adornados con el trage real que habian usado siempre, estaban sentados en sillas de oro, con la cabeza inclinada, las manos cruzadas sobre el pecho, la faz con su mismo color oscuro natural, menos sujeto á cambiar que el tinte mas claro del europeo, y su cabellera de ébano ó de plata, segun la edad á que habian muerto. Parecia una reunion de fieles devotos, absortos en la contemplacion divina; tan naturales eran sus formas y perfecta su conservacion. Los Peruanos fueron tan afortunados como los Egipcios, en el triste empeño de prolongar la existencia de los cuerpos mas allá de los límites que les ha señalado la naturaleza.<sup>49</sup>

Parte 1, lib. 6, cap. 5.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 8.

<sup>49</sup> Ondegardo, Rel. Prim., MS.—Garcilaso, Com. Real, Parte 1, lib. 5, cap. 29.

Los Peruanos escondieron despues de la conquista estas momias de sus soberanos, para que los Españoles no las profanasen con sus insultos. Siendo Ondegardo

corregidor del Cuzco descubrió cinco de ellas, tres hombres y dos mugeres. Los primeros eran los cuerpos de Viracocha, el gran Tupac Inca Yupanqui, y de su hijo Huayna Capac. Garcilaso las vió en 1560. Estaban cubiertas con las vestiduras reales, sin mas insignias que el *llautu* en la cabeza, sentados, y co-

Alimentaban una ilusión mas estravagante todavía en los cuidados que les merecian estos despojos insensibles, como si aun la vida les animase. Una de las casas pertenecientes al difunto Inca se conservaba abierta y ocupada por su guardia y servidumbre, con toda la pompa correspondiente á la magestad. En ciertas y determinadas festividades, los venerandos cuerpos de los soberanos eran sacados con gran ceremonia á la plaza pública de la capital. El respectivo capitán de guardias invitaba á todos los nobles y oficiales de la corte, y preparaba banquetes á nombre de su amo, en que desplegaba profusamente toda la magnificencia de sus tesoros y "tal riqueza," dice un antiguo cronista, "habia en esta ocasion en la plaza del Cuzco, en oro, plata y pedrería, como no la vió ninguna otra ciudad del mundo."<sup>50</sup> El banquete era servido por los criados de las casas respectivas, y los convidados participaban del fúnebre festin

mo él dice "muy al vivo, sin faltarle siquiera un cabello ni una pestaña." Cuando las llevaban por las calles envueltas en una manta, para mayor decencia, los Indios se arrodillaban en señal de veneracion, con muchas lágrimas y sollozos, y aun se movieron mas cuando vieron quitarse las gorras á varios españoles en prueba de respeto á los que fueron monarcas. (Ibid., ubi supra.) Los cuerpos se llevaron despues á Lima; y el padre Acos-

ta que los vió pasados ya veinte años, los pinta todavía en un estado de perfecta conservacion.

<sup>50</sup> "Tenemos por muy cierto que ni en Jerusalem, Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza del Cuzco; quando estas fiestas y otras semejantes se hacian." Sarmiento, Relacion, MS., cap. 27.

en presencia del real cadáver con tanta exactitud en el ceremonial de la corte, como si el monarca vivo lo presidiese.<sup>51</sup>

La nobleza del Perú se dividia en dos órdenes. El primero y mas importante era el de los Incas, que como se gloriaban de descender del mismo origen que su soberano, gozaban de un reflejo de su gloria. Como los monarcas peruanos se aprovechaban con toda franqueza del derecho de poligamia, dejaban una posteridad de ciento y á veces doscientos hijos;<sup>52</sup> así pues, los nobles de sangre real, aunque no se comprendiesen mas que los descendientes por línea masculina, llegaron á ser con el tiempo muy numerosos.<sup>53</sup> Se

<sup>51</sup> Idem, Relacion, MS., cap. 8, 27.—Ondégardo, Rel. Seg., MS.

Peró según Sarmiento solo se honraba de este modo á los príncipes justos y valerosos, "cuyas almas creia el nécio pueblo que gozaban del cielo por sus virtudes, aunque era cierto," según nos asegura el mismo escritor "que estaban ardiendo mientras en los infiernos." "Digo los que habiendo sido en vida buenos y valerosos, generosos con los Indios en les hacer mercedes, perdonadores de injurias, porque á estos tales canonizaban en su ceguedad por santos y honraban sus huesos, sin entender que las ánimas ardián en los infiernos, y creian que estaban en el cielo." Ibid., ubi supra.

<sup>52</sup> Garcilaso dice que mas de trescientos. Tal número, aunque al pronto asuste, no es increíble, si, como Huayna Capac, tenían setécientas mugeres en su serrallo. V. Sarmiento, Relacion, MS., cap. 7.

<sup>53</sup> Garcilaso menciona una clase de Incas *por privilegio*, á quienes se permitia usar del nombre y gozar de muchas de las inmundidades de los de sangre real, aunque solo descendian de los grandes vasallos que sirvieron primero á las órdenes de Manco Capac. (Com. Real., Parte I, lib. 1, cap. 22.) Seria de desear que este hecho importante, á que se refiere con frecuencia, se hallase confirmado siquiera por otra autoridad.

dividían en diferentes ramas que remontaban su origen á un individuo diferente de la familia real, aunque todas venían á rematar en el divino fundador del imperio.

Distinguíanse por muchos y muy importantes privilegios: usaban un traje particular: hablaban un dialecto propio de ellos, si hemos de creer á su cronista,<sup>54</sup> y tenían señalada para su manutención la mejor parte de las propiedades públicas. Los mas de ellos vivían en la corte cerca de la persona del príncipe, donde tomaban parte en los consejos y se sentaban á su mesa, ó á lo menos comían de lo que el Inca les enviaba. Solamente ellos podían desempeñar las principales dignidades del sacerdocio: se les daba el mando de los ejércitos y de las guarniciones distantes: eran los gobernadores de las provincias, y en suma, ocupaban todos los puestos de confianza y provecho.<sup>55</sup> Hasta las leyes, tan severas en su tenor general, parecen no haberse hecho para ellos, y el pueblo, haciendo participar á todo el

54 "Los Ingas tuvieron otra Lengua particular que hablaban entre ellos, que no la entendían los demas Indios, ni les era lícito aprenderla, como Language Divino. Esta me escriuen del Peru, que se ha perdido totalmente, porque como pereció la república particular de los Incas, pereció tambien el Language dellos." Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 7, cap. 1.

55 "Una sola gente hallo yo que era exenta; que eran los Ingas del Cuzco y por allí al rededor de ambas parcialidades, porque estos no solo no pagavan tributo, pero aun comían de lo que traían al Inga de todo el reino, y estos eran por la mayor parte los Gobernadores en todo el reino, y por donde quiera que iban se les hacia mucha honrra." Ondegardo, Rel. Prim., MS.

orden del carácter sagrado de que estaba investido el soberano, consideraba que un noble Inca era incapaz de cometer un crimen.<sup>56</sup>

Formaban el otro orden de la nobleza los *Curacas*, esto es, los caciques de las naciones conquistadas, ó sus descendientes. Generalmente les dejaba el gobierno en sus puestos, y solo se les exigía que visitasen de cuando en cuando la capital, y que consintieran en que sus hijos fuesen educados en ella como prendas de su fidelidad. No es fácil definir la naturaleza y estension de sus privilegios. Su poder era mas ó menos grande, segun la estension de su patrimonio y el número de sus vasallos, y su autoridad pasaba de padres á hijos, aunque á veces el pueblo era quien escogía el sucesor.<sup>57</sup> No ocupaban los puestos mas distinguidos en el gobierno, ni los inmediatos á la persona del soberano como los nobles de la sangre real. Su autoridad era puramente local y siempre subordinada á la jurisdicción territorial de los gobernadores de las provincias, que constantemente se elegían de entre los Incas.<sup>58</sup>

56 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 15.

57 Parece que en este caso era costumbre que el sucesor nombrado fuese presentado al Inca para que le confirmase en su dignidad. (Dec. de la Aud. Real., MS.) Otras veces el Inca mismo escogía el heredero de en-

tre los hijos del difunto curaca.—"En suma," dice Ondegardo "no habia un orden de sucesion tan invariable que no pudiese ser cambiado á voluntad del soberano." Rel. Prim., MS.

58 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 4, cap. 10.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. 11.

La nobleza Inca era sin duda la que constituía la verdadera fuerza de la monarquía peruana. Ligados á su soberano por los vínculos de la sangre, sus simpatías, y en gran parte sus intereses, eran comunes. Distinguidos del resto de los ciudadanos, tanto por su traje y distintivos particulares, como por su idioma y origen, nunca se confundieron con las otras tribus y naciones que se iban incorporando en la gran monarquía peruana. Después del transcurso de muchos siglos, todavía se distinguían de los otros como un pueblo particular. Eran en aquel país para las razas conquistadas, lo que los Romanos para las tribus bárbaras del imperio ó lo que los Normandos para los antiguos habitantes de las Islas Británicas. Reunidos en derredor del trono, formaban una falange invencible, que le protegía, así contra la conspiración oculta como contra la insurrección declarada. Aunque su principal residencia era en la capital, los había también distribuidos por toda la extensión del país, en todos los empleos distinguidos y puntos fortificados, formando líneas de comunicación con la corte, por cuyo medio, la acción del gobierno podía alcanzar á un mismo tiempo á los puntos más distantes del imperio. Distinguíanse además por una superioridad intelectual, que no contribuía menos que su posición,

—Dec. de la Aud. Real., MS.— 93.—Conq. i Pob. del Piru, MS.  
Cieza de Leon, Crónica, cap.

á hacer que su autoridad fuese respetada por el pueblo, y este era sin duda el mejor sosten de ella. Los cráneos de la raza Inca manifiestan una decidida superioridad en las facultades intelectuales<sup>59</sup> sobre las demás razas del país, y no puede negarse que este fué el origen de la civilización y adelantos sociales que elevaron el Perú á una preeminencia tan notable entre los demás pueblos de la América Meridional. De donde vino esta raza extraordinaria, y cual sea su historia primitiva, es uno de aquellos misterios que con tanta frecuencia se encuentran en los anales del Nuevo Mundo, y á cuya explicación han contribuido aun tan poco el tiempo y los anticuarios.

59 El Dr. Morton trae en su apreciable obra varios grabados de los cráneos de los Incas y de la gente común del Perú, y se advierte que el ángulo facial de los primeros, aunque no muy grande por cierto, es mucho mayor que el de los últimos, que es notablemente agudo, é indica un escaso desarrollo intelectual. *Crania Americana* (Philadelphia, 1829.)